



CAROLINA ALZATE
DARCIE DOLL (compiladoras)

Redes, alianzas y afinidades

Mujeres y escritura en
América Latina

Homenaje a Montserrat Ordóñez (1941-2001)

Universidad de los Andes
Universidad de Chile

Redes, alianzas y afinidades

Mujeres y escritura en América Latina

Redes, alianzas y afinidades

Mujeres y escritura en América Latina

Homenaje a Montserrat Ordóñez

(1941-2001)

Carolina Alzate y Darcie Doll

Compiladoras

Universidad de los Andes, Colombia
Universidad de Chile

Redes, alianzas y afinidades. Mujeres y escritura en América Latina. Homenaje a Montserrat Ordóñez (1941-2011) / Carolina Alzate y Darcie Doll compiladoras. – Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Humanidades y Literatura, Ediciones Uniandes; Santiago de Chile: Universidad de Chile, 2014.
292 p.; 14 x 21 cm.

Otros autores: Ana Peluffo, Carol Arcos, Alicia N. Salomone, Azuvia Licón, Beatriz E. Aguirre, Claudia Cabello Hutt, Natalia Cisterna, Tania Diz, Luz Marina Rivas, Laura Romero, Lorena Amaro, Mariela E. Méndez, Mario Barrero Fajardo, Mágara Russotto, Betty Osorio, Beatriz Restrepo Restrepo, Yolanda Reyes, Nina M. Scott.

ISBN 978-958-774-017-2

1. Mujeres como autoras – América Latina – Siglo XIX 3. Mujeres como autoras – América Latina – Siglo XX I. Alzate Cadavid, Carolina II. Doll, Darcie III. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Humanidades y Literatura IV. Universidad de Chile V. Simposio Redes, alianzas y afinidades: escritura de mujeres en América Latina, siglos XIX y XX (2011: Bogotá, Colombia)

CDD H860.99287

SBUA

Primera edición: octubre de 2014

© Carolina Alzate y Darcie Doll, autoras compiladoras

© Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Humanidades y Literatura

Ediciones Uniandes
Carrera 1.ª núm. 19-27, edificio Aulas 6, piso 2
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 3394949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
infeduni@uniandes.edu.co

© Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades

Ediciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile
Av. Capitán Ignacio Carrera Pinto 1025, Nuñoa
Santiago de Chile
Teléfono: (562) 229787017
publifilosofiahumanidades@gmail.com
investigacion.filosofia@gmail.com

ISBN: 978-958-774-017-2
ISBN e-book: 978-958-774-018-9

Corrección de estilo: Lina María Mariño
Diagramación interior: Andrea Rincón
Diseño de cubierta: Neftalí Vanegas
Imagen de cubierta: *Lesendes Mädchen* (1828), Gustav Adolph Hennig. Tomado de http://fr.wikipedia.org/wiki/Gustav_Adolph_Hennig#mediaviewer/File:Gustav_Adolph_Hennig,_Lesendes_M%C3%A4dchen.jpg

Impresión:
Editorial Kimpres Ltda.
Calle 19 sur núm. 69C-17
Teléfono: 4136884
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	XI
<i>Carolina Alzate y Darcie Doll</i>	

ALGUNAS PIONERAS: LO PÚBLICO EN EL CENTRO DE LA RED. VIAJES, PERIÓDICOS Y NOVELAS EN EL SIGLO XIX.....	1
--	---

La erotización de las lágrimas en <i>Sab</i> de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) <i>Ana Peluffo</i>	3
--	---

Autoría, espiritualismo y educación femenina en el relato de viajes de Maipina de la Barra (1878) <i>Carol Arcos y Alicia Salomone</i>	17
--	----

Lectoras y escritoras. Redes de personajes femeninos en la segunda mitad del siglo XIX, a propósito de Soledad Acosta de Samper (1833-1913) <i>Carolina Alzate</i>	31
---	----

<i>La Mujer</i> de Soledad Acosta de Samper: un proyecto de construcción nacional en femenino	
<i>Azuvia Licón</i>	41
¿Unas violetas asertivas?: humor, ironía, subversión, acceso al conocimiento	
<i>Beatriz Aguirre</i>	53
REDES Y ALIANZAS EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX. CORRESPONDENCIA, PERIODISMO, ASOCIACIONES	69
Variaciones de la autoría en escritoras chilenas de finales del siglo XIX y comienzos del XX	
<i>Darcie Doll</i>	71
Tejiendo un sueño americano: el poder de las redes de Gabriela Mistral con Estados Unidos en los años 1920 y 1930	
<i>Claudia Cabello Hutt</i>	85
Marta Brunet y su campo cultural	
<i>Natalia Cisterna</i>	105
El doble femenino: obediencia o transgresión en <i>Las descentradas</i> de Salvadora Medina Onrubia y <i>Dos mujeres/ El amo del mundo</i> de Alfonsina Storni	
<i>Tania Diz</i>	121
De las madrinas de guerra a la narrativa de denuncia: redes de mujeres venezolanas en los años 1930 y 1940	
<i>Luz Marina Rivas</i>	133
Los juegos dialógicos de entrevistadas/os y entrevistadoras en el campo cultural: 1910-1950	
<i>Laura Romero</i>	147
AFINIDADES EXTENDIDAS: DIÁLOGOS CON MUJERES DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX	163
Yáñez, Echeverría, Castillo: los vuelos de la memoria en la construcción de una genealogía de intelectuales chilenas	
<i>Lorena Amaro</i>	165

Aliadas e insurrectas: las columnas femeninas de Alfonsina Storni y Clarice Lispector <i>Mariela E. Méndez</i>	177
Confesiones y guiños entre "Una niña mala" y <i>La amortajada</i> <i>Mario Barrero Fajardo</i>	195
Completar, conectar, restituir: itinerario reticular de un cuento de Marvel Moreno <i>Márgara Russotto</i>	203
Montserrat Ordóñez: la práctica académica como actividad intelectual <i>Betty Osorio</i>	217
El ingenio de Montserrat Ordóñez: una antología del cuento latinoamericano en una revista de turismo <i>Beatriz Restrepo Restrepo</i>	229
SEMBLANZAS: MONTSERRAT ORDÓÑEZ EN EL TEJIDO DE LOS SIGLOS Y LOS VIAJES	
De Manuela y Micaela a Montserrat: las voces que se levantan en medio de un paisaje arisco <i>Yolanda Reyes</i>	243
El ojo viajero de Montserrat <i>Nina M. Scott</i>	257
COLABORADORES	265

PRESENTACIÓN

Este libro reúne los resultados de investigación presentados en el simposio *Redes, alianzas y afinidades: escritura de mujeres en América Latina, siglos XIX y XX* (Bogotá, Universidad de los Andes, 2 a 4 de noviembre de 2011), organizado por la Universidad de los Andes y la Universidad de Chile y coordinado por las compiladoras.¹

El simposio fue organizado en homenaje a la escritora colombiana Montserrat Ordóñez (1941-2001), investigadora, escritora, poeta, traductora y editora que, como las mujeres reunidas en esta publicación, supo que el lugar de las mujeres en la escritura se elabora, sostiene y expande sobre un gran tejido de redes que hacen posible ese lugar y su sentido. Este libro quiere que la red académica que hizo posible la realización del simposio se conserve en el tiempo, así como contribuir al fortalecimiento de la red de estudios latinoamericanos, en particular los literarios y de género.

¹ El simposio y la publicación, por parte de las participantes chilenas, se desarrollaron en el marco del proyecto Fondecyt núm. 1110108, “Ficción y gestión: trayectorias de mujeres escritoras en el campo cultural chileno en la primera mitad del siglo XX”, cuya investigadora responsable es Darcie Doll (coinvestigadoras: Natalia Cisterna y Alicia Salomone).

El trabajo que se desarrolla en cada uno de nuestros países, a pesar de que no se lleva a cabo en aislamiento, puede aún potenciar las alianzas interpersonales, interinstitucionales e internacionales: escucharnos y aprendernos, incluyendo a las voces femeninas que desde el siglo XIX han tejido su red mediante alianzas y afinidades, fortalecerá sin duda el trabajo académico que hacemos y hará más vital su difusión en todos los ámbitos. Como el lector podrá observar en este libro, las formas de trabajo contemporáneo son muchas y variadas: sorprende la recurrencia y la insistencia en las preguntas, pero también la heterogeneidad en la manera de abordarlas, en el lenguaje y en las propuestas. Son muchas historias nacionales, de vida y académicas diferentes las que entran en diálogo; un diálogo que por lo mismo es enriquecedor.

El libro reúne estudios sobre autoras de los siglos XIX y XX, y cubre una geografía que va de México a Chile, pasando por Cuba, Colombia, Venezuela y Brasil. Las académicas aquí reunidas y el colega que nos acompaña trabajan en instituciones de Argentina, Colombia, Chile, Estados Unidos y Venezuela. Son diecinueve artículos, algunos dedicados a Montserrat Ordóñez, pero todos, sin duda alguna, a sus temas. Formas diferentes y variadas de trabajo se contrastan y plantean preguntas mutuamente.

Como señalamos en el marco conceptual de la convocatoria del simposio, el proceso de inserción en el campo cultural y la posterior profesionalización de las escritoras latinoamericanas obedece a lógicas propias que se distancian de las trayectorias desplegadas por los varones en cuanto sujetos intelectuales, pues ellas ingresan al campo como sujetos subordinados que carecen de la legitimidad de aquéllos para hacer uso de la palabra y ejercer públicamente el oficio de la letra. En este marco, las escritoras despliegan una trayectoria donde la creación literaria, y escrituraria en general, se articula con otras acciones ligadas a la gestión y la crítica cultural, a partir de lo cual ellas van dando solidez tanto a la autoría femenina como a la presencia de sus discursos en el campo cultural. En ese trayecto, las mujeres construyen alianzas personales y colectivas que trascienden las demarcaciones nacionales o ideológicas, desplazándose física o discursivamente, para dar cuenta de las escritoras afines o solidarizar con campañas emprendidas por otras, difundir, apoyar y visibilizar los discursos producidos por sus compañeras de ruta. Así pues, este libro pretende presentar la producción

intelectual de mujeres latinoamericanas, incluyendo aquellas prácticas que exceden la escritura y que permiten situarlas en el sentido amplio de un actuar sobre el mundo, a partir de las alianzas, afinidades y construcción de redes, prácticas que ayer y hoy han permitido a las mujeres impulsar e instalar sus discursos.

Hemos organizado el libro en tres partes e incluido dos semblanzas de Montserrat Ordóñez a manera de cierre. Decidimos darle un orden cronológico a los artículos, tan arbitrario como cualquier otro, pero que permite seguir cierta historia de los temas y problemas de la escritura de mujeres, de sus redes, alianzas y afinidades.

La primera parte, titulada “Algunas pioneras: lo público en el centro de la red. Viajes, periódicos y novelas en el siglo XIX”, reúne trabajos sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda, Maipina de la Barra, Soledad Acosta de Samper y Laureana Wright de Kleinhans con sus compañeras periodistas. Ana Peluffo, en su artículo “La erotización de las lágrimas en *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873)”, propone una nueva lectura de la novela que no atienda ya a las coordinadas operativas en la narrativa masculina de fundación nacional, sino a un modelo afiliativo de alianzas interraciales que subvierten de forma no verbal las regulaciones biopolíticas. En efecto, “[explora] la posibilidad de que el acceso a la subjetividad esté dado, en el caso de los grupos marginales (mujeres y esclavos), por medio de su ingreso a una familia sentimental más que biológica, en la que el sufrimiento compartido reemplaza la genética” (véase p. 4, en este libro). Carol Arcos y Alicia N. Salomone, por su parte, en “Autoría, espiritualismo y educación femenina en el relato de viajes de Maipina de la Barra (1878)”, estudian el relato de viaje como forma de autorización de la escritura y siguen en él las estrategias retóricas de la enunciación y la forma en que la narradora elige y se apropia de un conjunto específico de géneros discursivos que hace posible su propio discurso, un discurso que en último término quiere proponer un programa de educación para las mujeres como fundamento de toda evolución social. En “Lectoras y escritoras. Redes de personajes femeninos en la segunda mitad del siglo XIX”, Carolina Alzate examina la manera en la que Soledad Acosta en su proyecto literario, que corre a la par que el periodístico, reclama para las mujeres los ideales de *comunicación* y *movimiento*, fundamentales para el discurso modernizador de las nuevas repúblicas pero vetado para las mujeres, esa parte de la

nación a la que se le niega el desarrollo de una autonomía, eternamente infantilizadas y excluidas de la ciudadanía. Azuvia Licón, en su trabajo sobre la misma autora colombiana, estudia el primer proyecto periodístico de Acosta, su revista *La Mujer*, para rastrear allí un peculiar “proyecto de construcción nacional en femenino” que apela a la formación de un cuerpo visible de escritoras y lectoras, mujeres *compatriotas* unidas en una sola publicación ensayando diversidad de géneros y de voces. Cerrando este primer apartado del libro, el artículo “¿Unas violetas asertivas?: humor, ironía, subversión, acceso al conocimiento”, de Beatriz E. Aguirre, estudia el periódico *Violetas del Anáhuac* (México 1887-1889), dirigido por Laureana Wright de Kleinhans: explora el periódico en su contexto cultural y de género y, en especial, qué significa incluir la historia y las biografías de mujeres como acto imprevisto dentro de ese reputado campo letrado del siglo XIX.

“Redes y alianzas en las primeras décadas del siglo XX. Correspondencia, periodismo, asociaciones”, la segunda parte del libro, se abre con un artículo de Darcie Doll que hace un buen puente entre ambas secciones. En “Variaciones de la autoría en escritoras chilenas de finales del siglo XIX y comienzos del XX” la autora hace una revisión teórica de las diferentes formas de autoría y seudonimia para estudiar casos particulares de escritoras chilenas de varias décadas, cómo éstas logran infiltrarse en espacios no previstos para ellas, establecer alianzas e inscribir su autoría en un medio que dificulta el acceso a una posición de autoría legítima y validada. Claudia Cabello Hutt, por su parte, estudia el caso específico de Gabriela Mistral y sus relaciones con los y las intelectuales de Estados Unidos en los años 1920 y 1930. Cabello quiere “desenredar, a partir de un conjunto de cartas inéditas, algunas de las hebras que componen la exitosa red que Mistral crea con personas e instituciones norteamericanas” (véase p. 87, en este libro), todo esto en el contexto de una escritora que sustentó gran parte de su carrera en la creación y conservación de extensas redes de contactos literarios y políticos. El siguiente artículo de la publicación, “Marta Brunet y su campo cultural”, de Natalia Cisterna, muestra como esta autora chilena tenía una “plena conciencia de que el éxito literario era producto, por una parte, del trabajo artístico sistemático y, por otra, de la constitución de una red de relaciones intelectuales y laborales que le permitirían acceder a ámbitos prestigiosos de la producción y circulación

cultural” (véase p. 118, en este libro). En su artículo, Cisterna estudia y presenta la manera como la autora teje y alimenta esas redes. Por su parte, el artículo de Tania Diz está dedicado a dos autoras argentinas: Alfonsina Storni y Salvadora Medina Onrubia. En “El doble femenino: obediencia o transgresión en *Las descentradas* y *Dos mujeres/El amo del mundo*”, Diz analiza el cuestionamiento de los modos de subjetivación femenina que pueden leerse en estas dos obras teatrales, escritas y representadas a finales de la década de 1920 en Buenos Aires. A continuación, con el siguiente artículo sobre las primeras décadas del siglo xx nos movemos a escenario venezolano: en “De las madrinas de guerra a la narrativa de denuncia: redes de mujeres venezolanas en los años 1930 y 1940”, Luz Marina Rivas estudia la historia de la vida pública de las venezolanas en el período republicano, la creación de asociaciones para promover y publicar la escritura de mujeres latinoamericanas, la creación de instituciones para la atención de presos políticos y de obreras, la creación de revistas y su trabajo por su adecuada difusión, entre otras actividades. Esta segunda parte del libro se cierra con un artículo de Laura Romero sobre “Los juegos dialógicos de entrevistadas/os y entrevistadoras en el campo cultural: 1910-1950”, un estudio de la entrevista como forma de ingreso de las intelectuales chilenas al campo cultural o de fortalecimiento dentro de él.

El título que hemos dado a la tercera parte del libro, “Afinidades extendidas: diálogos con mujeres de la segunda mitad del siglo xx”, permite seguir ejemplos de cómo los hilos de afinidades se extienden en el tiempo para permitir la escritura y la inserción de escritoras posteriores en el campo, así como su trabajo en redes para seguir contribuyendo a un fortalecimiento nunca acabado. Abrimos esta parte con el artículo de Lorena Amaro, “Yáñez, Echeverría, Castillo: los vuelos de la memoria en la construcción de una genealogía de intelectuales chilenas”, porque permite rastrear la dificultad de los procesos escriturales y de inserción en tres generaciones, en escritoras que además son abuela, madre e hija: patriarcado, maternidad y violencia política son las constantes, pero también la fuerza de la lucha. En “Aliadas e insurrectas: las columnas femeninas de Alfonsina Storni y Clarice Lispector”, Mariela E. Méndez revela el acto transgresor de estas dos escritoras en sus columnas femeninas para periódicos; su estudio muestra que ambas recurren al disfraz y

la parodia para resaltar la performatividad del género y su absoluta contingencia: las mujeres que “desfilan” por sus espacios discursivos “modelan” el género, lo llevan puesto cual traje/disfraz. Por su parte, Mario Barrero, en el artículo “Confesiones y guiños entre ‘Una niña mala’ y *La amortajada*”, pone a conversar a dos autoras sobre el pasado, el presente y los futuros posibles: los dos relatos, de Montserrat Ordóñez y de María Luisa Bombal, se estudian aquí como un diálogo escritural que muestra cómo las autoras más recientes retoman a las pioneras para poder seguir hilando su gran tejido. El artículo de Mátgara Russotto incluye también a Ordóñez, ahora para ver cómo su peculiar escritura crítica-creativa rearma diálogos entre dos autoras y entre la literatura y el cine —Marvel Moreno y Fina Torres— para descubrir-crear significados diversos. Como señala, la “amistad femenina” surge como una categoría con densidad crítica que debe ser considerada a la hora de la reconstrucción e interpretación de la historia cultural del sujeto femenino. Betty Osorio, por su parte, dedica todo su artículo al examen de la obra de Montserrat Ordóñez, específicamente a “La práctica académica como actividad intelectual”; allí descubre que una de sus claves es su práctica crítica como conciencia clara de que el discurso académico se inscribe también en un contexto ideológico, lo cual implica una lectura política y una afirmación ética. Este apartado se cierra con un artículo de Beatriz Restrepo Restrepo que muestra cómo la dirección editorial de una revista de turismo, convertida en proyecto cultural por Montserrat Ordóñez, ayuda al posicionamiento de la propia autora mediante la inserción de cuentistas contemporáneos en el campo literario: Restrepo estudia la antología del cuento latinoamericano que Ordóñez crea en la revista de Avianca y los viajes y cartas que la rodean.

El libro finaliza con dos semblanzas de la autora en cuyo homenaje fue convocado. Son semblanzas hechas desde la amistad y que conectan varias generaciones. El texto de Yolanda Reyes, “De Manuela y Micaela a Montserrat: las voces que se levantan en medio de un paisaje arisco”, hace una genealogía de mujeres colombianas, en particular santandereanas, y se presenta como un tejido “hecho por unas mujeres que leen a otras para devolverles sus acentos y escudriñar en otras voces algo de lo que son, de lo que siguen intentando” (véase p. 252-253, en este libro). “El ojo viajero de Montserrat”, de Nina M. Scott, por su parte, cierra

el libro con un relato de viaje que permite ver juntas su escritura, su correspondencia y sus redes, así como el carácter múltiple de su mirada: política, de género, literaria, de historia, de cinéfila.

Esta compilación es producto de un trabajo a cuatro manos y a dos países y dos universidades, y en cuanto tal fue un reto y una satisfacción: el reto de trabajar juntas en la distancia y la satisfacción de poder superar esas distancias como lo hicieron las pioneras del siglo XIX con muchos menos recursos que nosotras. Como decíamos antes, sólo esas redes que han hecho posible esa escritura de dos siglos hacen posible nuestro trabajo académico, no sólo en su existencia misma, sino en su calidad y en su circulación y apropiación. El carácter heterogéneo de los textos reunidos aquí da cuenta de la multiplicidad de abordajes posibles, una heterogeneidad que, si bien no hay que reducir —sería una pérdida—, sí puede entrar en diálogo para compartir hallazgos y estrategias que fortalezcan los estudios literarios y de género en América Latina y que favorezcan su circulación y apropiación fuera de la academia: allí donde están los cuerpos de las mujeres que viven, preguntan, luchan; las que siguen necesitando, como nosotras, una formación en la autonomía que les permita constituirse alguna vez en sujetos políticos plenos.

Carolina Alzate, *Universidad de los Andes, Bogotá*
Darcie Doll, *Universidad de Chile, Santiago*
Marzo de 2014

ALGUNAS PIONERAS: LO PÚBLICO EN EL CENTRO
DE LA RED. VIAJES, PERIÓDICOS Y NOVELAS
EN EL SIGLO XIX

LA EROTIZACIÓN DE LAS LÁGRIMAS EN *SAB*
DE GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA (1814-1873)

Ana Peluffo

Universidad de California, Davis

En los debates sobre el abolicionismo cubano del siglo XIX, *Sab* (1841) ha sido leída como una novela conservadora, en lo que respecta a la cuestión racial, que no consigue darle al esclavo mulato un estatus ontológico de sujeto. Si para la crítica feminista la analogía entre esclavitud y matrimonio constituía una denuncia sobre la complicidad entre racismo y patriarcado, la crítica antiesclavista, más preocupada por cuestiones raciales que sexo-genéricas, canceló este optimismo inicial al apuntar que la novela no conseguía subvertir el racismo hegemónico. Dentro de este debate, algunos críticos le recriminan a Avellaneda que no consiga incorporar al esclavo a su “comunidad imaginada” mediante relaciones de parentesco (Rosell), y otros lamentan que *Sab* no trate de ingresar a la protonacionalidad por medio de un acto revolucionario (Branche; Jackson).¹ Aunque en este trabajo no me interesa situarme

¹ La idea de que *Sab* es demasiado sumiso o feminizado es casi un cliché recurrente de la crítica antiesclavista. Estas lecturas invocan erróneamente la veracidad como fenómeno compositivo, cuando se trata de un texto ficticio que necesariamente

dentro de uno u otro polo de este debate cultural (la línea celebratoria o la recriminatoria), quisiera explorar la posibilidad de que el acceso a la subjetividad esté dado, en el caso de los grupos marginales (mujeres y esclavos), por medio de su ingreso a una familia sentimental más que biológica, en la que el sufrimiento compartido reemplaza la genética como forma de acceso a la protocubanía. Así como en la alegoría fundacional de Sommer se privilegia la mezcla de sangres como forma de producir futuros ciudadanos mestizos que representen a la nación futura, en el modelo afiliativo que propongo se usan otros líquidos del cuerpo para generar alianzas interraciales que subviertan de forma no verbal las regulaciones biopolíticas del régimen colonial.

En la parte autobiográfica de la carta que Sab le escribe a Teresa antes de morir, el esclavo mulato rememora una escena de lectura interracial en la que él y su ama criolla leían juntos el drama de *Otelo*. Dice Sab en su carta: “¡Un día Carlota leyó un drama en el cual encontré por fin a una noble doncella que amaba a un africano y me sentí transportado de placer y orgullo [...] ¡Oh, sensible y desventurada doncella! ¡Cuánto te amaba yo! ¡Oh, Otelo! ¡Qué ardientes simpatías encontrabas en mi corazón!” (267). Al recordar esta escena de lectura, convenientemente situada en la época “desexualizada” de la infancia, Sab se identifica con este personaje racialmente otro, aculturado por la sociedad blanca, que al igual que él había dejado que su deseo cruzara barreras de raza y clase. En la lectura periférica que Sab hace de *Otelo* se presta poca atención al mensaje paranoico de una obra en la que el exceso sexual del personaje provoca un crimen doméstico (el asesinato de Desdémona) y en la que según Celia Daileader (en *Racism, Misogyny and the Othello Myth*) se alertaba a las lectoras sobre el poder fálico de la negritud. En un principio, el entusiasmo de Sab por *Otelo* parece ir a contrapelo de sus intereses afectivos. Después de todo, la tragedia de este personaje,

deforma el referente de la esclavitud convirtiéndolo en un artefacto cultural “esclavista” pero no “esclavo”. William Luis plantea esta idea cuando dice que el personaje mulato que Avellaneda construye debe ser leído como un producto de la cultura blanca. Dice: “El lenguaje y la escritura, como medio de expresión de la burguesía, solamente existe desde la dominante estética blanca. De una manera muy obvia, las novelas describen una situación poco familiar, desde una visión externa. Lo que es inequívoco es que el otro punto de vista no era posible, por lo menos durante el siglo diecinueve” (52).

que en lecturas recientes ha sido comparado con O. J. Simpson, es que no sólo mata a su mujer blanca por celos, sino que también se mata a sí mismo, en un final que rescribe de forma interracial pero igualmente sangrienta la tragedia de Romeo y Julieta. La alianza pedagógica entre mujer y esclavo que el sujeto literario propone en *Sab* da cuenta de la dificultad de hacer ingresar a la subjetividad a dos grupos en distintos estados de marginalidad. La máxima lealtad del sujeto literario está con el proyecto interracial de la mujer criolla, ya que por medio de la educación del esclavo el sujeto femenino transgrede el ideal normativo del ángel del hogar, un tema que a propósito de la obra de Avellaneda ha sido lúcidamente trabajado por Carolina Alzate. Que una mujer criolla usara el espacio del hogar para educar esclavos y ensanchar los límites de su subjetividad privada iba en contra de las ideas normativas de la femineidad colonial.

Al llegar a Cuba, la historia de Otelo entra en diálogo con un contexto racista marcado por un disparado crecimiento demográfico en el que la población negra había empezado a superar numéricamente a la blanca. Según afirma Sara Rosell, “la necesidad” de mano de obra esclava que predominó en la segunda mitad del siglo XVIII cedió paso, en el siglo XIX, a una sensación de peligro relacionada con el fantasma de la revolución haitiana y con el miedo de que Cuba se convirtiera en una isla negra como Haití (33).² Aunque en 1820 se firmó un tratado entre España e Inglaterra para suprimir la trata, el tráfico de esclavos, alimentado por el auge de la industria azucarera, continuó vigente de forma ilegal hasta 1872, mientras que la abolición oficial de la esclavitud no se dio hasta 1882.³ El desequilibrio demográfico hacía

² Dentro de este clima social, marcado por el miedo a la otredad racial, no hubo ningún escritor cubano, ni aun los que estaban abiertamente en contra de la esclavitud, que consiguiera subvertir el imaginario racista de la sociedad cubana (Raúl Cepero Bonilla, citado por Rosell 27).

³ William Luis en *Literary Bondage* atribuye los choques entre criollos y negros a principios del siglo XIX a este crecimiento disparado de la población. Dice: “As a result of sugar, the Cuban census indicates that the number of slaves grew along with the number of all colored people. Blacks for the first time outnumbered whites during the first half of the nineteenth century. The fear of the rising number of blacks and the recent Haitian rebellion led white slave owners to become more oppressive, thus increasing pressure within the system and causing a higher number of slaves to attempt to flee” (4).

inevitables las uniones interraciales que a nivel institucional la sociedad colonial trató infructuosamente de regular para frenar la práctica del amancebamiento. En “Color, clase y matrimonio en Cuba en el siglo XIX”, Martínez-Alier afirma que el casamiento entre mulatos y blancas estaba prohibido en la Cuba colonial, aunque se otorgaban permisos especiales a parejas interraciales, que en el noventa por ciento de los casos se componían de mujeres mulatas o pardas y hombres blancos.⁴

En el linaje africano de su identidad, la sangre de Sab es la lava de un volcán, un líquido que remite al poder explosivo y destructivo de las pasiones. En este sentido, Avellaneda parece seguir el estereotipo del africano voluptuoso (Otelo) que predominaba en el imaginario occidental. No me parece casual que al reconocerse en Otelo, Sab haga referencia a la cuestión del “ardor”, pues para el sujeto narrativo el cuerpo de Sab es, como el de Otelo, un volcán a punto de entrar en ebullición. El mismo Sab dice de sí mismo en su conversación con Teresa que “circulaba por mis venas ardiente lava que me consumía” (205). Ese cuerpo hirviente está a punto de quemar la mano de Carlota cuando éste galantemente se arrodilla a besarla (“los labios del esclavo habían caído en su mano como un ascua de fuego” [139]), y se transforma más tarde en una estufa que seca las lágrimas del esclavo a medida que entran en contacto con su piel: “Subió al semblante de Sab un fuego que secó en su mejilla la huella reciente de su llanto” (164). En todos estos casos el calor de la sangre hace que se evaporen las lágrimas (sinécdoques del alma casi blanca del esclavo), en una lucha semántica de secreciones corporales (sangre negra, lágrimas blancas) que remite a genealogías en conflicto. El hecho de que Sab muera de una sospechosa hemorragia que le hace arrojar sangre a borbotones por la nariz y por la boca es una confirmación de que lo que acaba matando a Sab es esa sangre dividida, o revuelta, que lo empuja en direcciones opuestas. En este sentido y pese a que Avellaneda se esfuerza en la escena inicial de la novela por demostrar que la raza es una construcción cultural que tiene que ver más con la clase que con la biología, la muerte romántica

⁴ Al analizar los expedientes de matrimonios interraciales, Martínez-Alier dice: “en su mayoría se trata de solicitudes de licencia para matrimonio de hombres blancos y mujeres de color —de 144 expedientes analizados, sólo en diez casos se plantea la situación inversa—” (“Color, clase y matrimonio” 2).

del esclavo remite a la imposibilidad de resolver el conflicto sanguíneo que lo consume. Sólo al vaciar el cuerpo de esa sangre contaminada se puede liberar el alma y posibilitar su migración.

En *Crying: the Natural and Cultural History of Tears*, Tom Lutz explica que la densidad semántica del llanto como lenguaje de las emociones interpela a un lector/*voyeur* capaz de descifrar sus múltiples significados. Aunque hay lágrimas imaginadas más transparentes que otras, todas exigen un esfuerzo hermenéutico por parte de los lectores. A lo largo de la novela de Avellaneda fluyen diferentes tipos de lágrimas, entre ellas figuran las de compasión (Sab llora por Luis y Martina), las de duelo (Teresa y Carlota lloran por la muerte de la madre de Carlota), las de agradecimiento (Martina llora de agradecimiento ante Sab) y las de ruego (las lágrimas de Carlota para pedirle a Enrique que no desherede a sus hermanitas). Sin embargo, hay en *Sab* un uso hipercodificado de las lágrimas al que me gustaría llamar la atención en este trabajo. Éste remite a la necesidad de encubrir las metáforas del amor interracial en el siglo XIX, una época en la cual ese tipo de sexualidad era tabú. Me refiero en este caso a un tipo de lágrima afrodisíaca o placentera que actúa como puente entre los cuerpos. Esta función erótica de la lágrima como “expansión líquida” de un cuerpo en dirección a otro es planteada por Roland Barthes en su lectura de *Las penas del joven Werther* de Goethe.⁵

En la novela del siglo XIX la circulación de lágrimas se da frecuentemente en el marco estetizado del *tableau*, una técnica narrativa performativa que la novela decimonónica copia del teatro (recordemos que Avellaneda era también dramaturga). En los momentos de mayor intensidad dramática de *Sab*, el sujeto narrativo recurre a una serie de encuadres ekfrásticos en los que se detiene el movimiento de los cuerpos y se presta particular atención a su disposición visual sobre la página. La localización topográfica de los personajes, divididos en buenos y malos de antemano, posibilita que el ojo narrativo de la autora se pose, como el zoom de una cámara, en los gestos, suspiros y miradas de los personajes.

⁵ Barthes enfatiza, por un lado, el carácter comunicativo de las lágrimas, a las que ve como una *performance* que siempre está dirigida a un espectador. El llorar es diferente según a quién esté dirigido, dice Barthes (181). Por otro lado, cuando Werther y Charlotte lloran juntos leyendo a Klopstock lo hacen en un estado de expansión líquida, siguiendo las órdenes del cuerpo amoroso (180).

El valor comunicativo de los diálogos cede paso en estas viñetas a una forma de comunicación afectiva en la que el cuerpo, convertido en hiperespacio de la subjetividad, se vuelve protagonista. Es justamente en estas instancias narrativas cuando las lágrimas subvierten a nivel ideológico lo que las palabras dicen de modo más explícito. Dado que la reputación de Carlota como heroína de la novela debe ser protegida siguiendo la lógica victoriana de la pureza, las lágrimas del esclavo nunca pueden entrar en contacto con su cuerpo. Eso no quita que, en varios momentos de la novela, las lágrimas de Sab caigan peligrosamente cerca de Carlota en momentos codificados de gran erotismo. Una de esas instancias ocurre cuando Sab, arrodillado a los pies de su ama, derrama una lágrima sobre la punta del vestido de la joven, y otra, cuando al evocar un pasado feliz que contrasta con un presente desdichado la lágrima de Sab cae en la cabecita de la hermana de Carlota: “Y abrazaba Sab a las niñas, y una lágrima, deslizándose lentamente por su mejilla, cayó sobre la cabeza de ángel de la más joven y más linda de las cuatro hermanas” (164). En estas viñetas, el amor líquido del sujeto amoroso se expande hacia el objeto de deseo prohibido topándose siempre con una barrera material que protege a Carlota de las secreciones del esclavo.

Los sentimientos de Sab por Carlota oscilan entre lo afrodisíaco y lo místico. Sin embargo, en la escena de las cuevas de Camagüey, las lágrimas de piedad que Sab y Carlota derraman a coro por la leyenda negra de la conquista señalan el ingreso de mujeres y esclavos a una comunidad politizada de almas elegidas capaces de conmovirse por el sufrimiento de los indígenas. En este *tableau*, las lágrimas actúan como un mecanismo taxonómico que determina la inserción o exclusión de los personajes de la comunidad líquida que Avellaneda asocia con la protocubanía. La ficcionalización que hace Martina de las torturas infligidas a los indígenas sirve para poner a prueba la capacidad de sentir de los personajes. En la genealogía de la opresión interracial que traza Martina, remontándose a la época de la conquista, “[I]a tierra que fue regada con sangre una vez lo será aún otra: los descendientes de los opresores serán oprimidos y los hombres negros serán los terribles vengadores de los hombres cobrizos” (168). Mientras el padre de Carlota hace callar a Sab “con cierto disgusto” porque “alarmados los cubanos, después del espantoso y reciente ejemplo de una isla vecina, no oían sin terror en la boca de un hombre del desgraciado color cualquier palabra

que manifestase el sentimiento de sus degradados derechos” (168), Carlota “volvió hacia Enrique sus bellos ojos llenos de lágrimas” (169). Con este gesto, Carlota trata de iniciar un diálogo de miradas (sinécdoques de las almas) que se estructura siguiendo una gramática no verbal. Esta invitación a sufrir en compañía queda cancelada en la negativa de Enrique a conmovirse por el relato de Martina (“¿lloras por una raza desventurada que acaso nunca existió?” [169]). La mirada húmeda de Carlota se topa con la metálica de un personaje que no pertenece a esa comunidad sentimental que hace de la capacidad de sufrir el máximo requisito de pertenencia.⁶ A su vez, la mirada seca del inglés contrasta con la de un Sab tropical y sensible que “apart[a] de ella sus ojos preñados de lágrimas” (169). El hecho de que Enrique Otway no sólo no llore, sino que también se burle de las lágrimas de Carlota hace que el lector confirme una vez más algo que la heroína intuye pero todavía desconoce: que el sufrimiento ennoblece y que Enrique Otway, su prometido, no es un personaje noble.

Dentro de los múltiples debates que ha generado la novela de Avellaneda, existe el consenso de que el mensaje más radical de la novela es el concerniente a la representación del erotismo interracial, focalizado fundamentalmente en la relación entre Teresa y Sab. Branche señala, por ejemplo, que el aspecto más subversivo de la novela es una política de género en la que el esclavo mulato se convierte en el objeto de deseo de dos mujeres criollas. Dice: “Antislavery elements in the story pale in comparison to its hints at a transracial sexual transgression that could indeed shake the patriarchal order to its foundation” (151). Mary Cruz, por otro lado, sugiere que la escena más transgresora de la novela es aquella en la que Teresa le propone a Sab fugarse con él recurriendo a la práctica del amancebamiento. En este sentido, los roces físicos que Avellaneda no le puede dejar tener a Carlota con Sab quedan

⁶ En la *Autobiografía* de Gertrudis Gómez de Avellaneda se hace una asociación de las lágrimas con el placer que parece justificar la lectura erótica del sentimentalismo como una forma de canalizar la energía sexual reprimida de la sociedad victoriana. Dice al referirse a su “sensibilidad tan fogosa como delicada”: “huía de la sociedad y aun de mis amigas; buscaba la soledad para llorar sin saber por qué y sentía un abismo en mi corazón. [...] Sin embargo, aquella situación no estaba destituida de encantos. *Yo gozaba llorando*, y esperaba realizar algún día los sueños de mi corazón” (18, énfasis mío).

transferidos al cuerpo de Teresa, un personaje femenino marginal que después de cometer la máxima desobediencia contra los códigos sexuales de la época (ofrecerse en cuerpo y alma al esclavo) se internará voluntariamente en un convento. En el *tableau* protagonizado por Teresa y Sab, la disposición visual de los cuerpos subraya una hermandad afectiva en la que el esclavo ocupa inicialmente un polo jerárquicamente inferior, reclinado a los pies de la mujer criolla (204). El potencial explosivo de esta cita queda planteado en la negativa inicial de Teresa para acudir al encuentro. Cuando Sab le propone una cita con él a solas, la respuesta escandalizada de ella apunta a la peligrosidad de la escena: “A las doce! Sola! Tan distante!” (194). En respuesta al miedo sexualmente motivado de Teresa, Sab no sólo se refiere a sí mismo como “el pobre mulato” (“¿y qué, tendréis miedo del pobre mulato?” [194]), sino que también se representa a sí mismo como un adorador casi místico del alma (y no del cuerpo) de Carlota (“Dios mismo no desdeñaría un culto semejante” [204]). El intercambio emocional más que lingüístico entre estos dos personajes queda narrado de la siguiente forma: “Una gruesa y ardiente lágrima se desprendió de los ojos de Sab, cayendo en la mano de Teresa, que aún retenía en las suyas; y otra lágrima cayó también al mismo tiempo y resbaló por la frente del mulato: esa lágrima era la de Teresa, que inclinada hacia él, le fijaba una mirada de simpatía y compasión” (208). El secreto, el ardor y la liquidez son algunos de los tropos que Avellaneda elige para aludir de forma oblicua a la intensidad emocional de una cita en la que Teresa se contagia de la fogosidad de Sab: “Había algo de contagioso en las pasiones terribles del hombre con quien se hallaba: acaso el aire que respiraba saliendo encendido de su pecho, se extendía quemando cuanto encontraba” (210). A medida que las lágrimas de Sab caen sobre la piel de Teresa, ésta “se olvida del color y de la clase de Sab” y reconoce que un corazón como el de Sab es lo que ella necesita. La parte más atrevida del *tableau* es aquella donde Teresa le pide que la deje fugarse con él:

Tendió ella sus dos manos hacia él y levantando los ojos al cielo. [...]“¡Yo! —Exclamó—, yo soy esa mujer que me confío a ti: ambos somos huérfanos y desgraciados... aislados estamos los dos sobre la tierra y necesitamos igualmente compasión, amor y felicidad. Déjame, pues, seguirte a remotos climas, al seno de los desiertos... ¡Yo seré tu amiga, tu compañera, tu hermana!” (220)

Para que el sentimentalismo pueda cruzar barreras de raza y clase, Avellaneda debe borrar la amenaza que postula la alteridad de Sab diluyendo la negritud de su cuerpo en un mar de lágrimas. Luego de besarle los pies a Teresa, “el exceso de emoción” que le produce a Sab su ofrecimiento no puede ser expresado en palabras:

Un torrente de lágrimas brotó en seguida de sus ojos; y sentado junto a Teresa, estrechando sus manos contra su pecho, sintióse aliviado del peso enorme que le oprimía, y sus miradas se levantaron al cielo para darle gracias por aquel momento de calma y consuelo que le había concedido. Luego besó con efusión las manos de Teresa [...]. (221)

Los desvíos entre el código sentimental (la compasión) y el pasional (el erotismo) son frecuentes en este *tableau* en el que Sab y Teresa lloran juntos en la oscuridad de los matorrales. En este encuentro secreto, altamente lacrimógeno, Sab le dice a Teresa que es indigno de su grandeza, mientras Teresa exclama llorando que está ahí para compadecerlo y consolarlo (224). La lectura de este episodio permite, sin embargo, leer en la *jouissance* de las lágrimas referencias a un encuentro líquido que contamina la identidad de Teresa y hace imposible su vuelta a la civilización. En el desenlace de la cita se menciona un misterioso pacto entre Sab y Teresa que, recién en la conclusión del libro, la lectora o lector sabrá que incluye la reclusión de ella en un convento. Con la llegada de la mañana, Sab y Teresa deben alejarse del lugar para que no los vean los otros esclavos: “Los negros se acercaban: Sab sólo tuvo tiempo de decir en voz baja algunas palabras a Teresa, palabras que debieron sorprenderla, pues exclamó al momento: —¡Es posible!... ¿Y tú? —¡Moriré!— contestó él haciéndole con la mano un ademán para que se alejase. En efecto, Teresa se ocultó entre los cañaverales al mismo tiempo que los esclavos llegaban al trabajo” (226). Pocos minutos después, Sab tiene su primera hemorragia.

Las lágrimas de Teresa tienen aquí un valor semántico extraordinario, en parte porque, hasta este momento, la huérfana se diferenciaba de los personajes más sentimentales de la novela por ser fría e impasible. Si en la primera parte de la novela se establecía un claroscuro entre la frialdad de Teresa y la fogosidad de Sab (Alzate), la viñeta nocturna